

Sor Juana y Elena, famosas en sus tiempos, en el nuestro

SARA POOT HERRERA

*Era de mi patria toda
el objeto venerado
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso;
y como lo que decía
fuese bueno o fuese malo,
ni el rostro lo deslucía
ni lo desairaba el garbo,
llegó la superstición
popular a empeño tanto,
que ya adoraban deidad
el ídolo que formaron.*

Las palabras de doña Leonor en *Los empeños de una casa* parecieran ser dichas por la autora de esta comedia de capa y espada. De haber sido así, y ser Juana Inés el referente, estos versos se leerían con la sonrisa propia de la poeta siendo ella misma el blanco de su ironía. Pero, nos preguntamos, ¿acaso no es Sor Juana Inés de la Cruz la figura más querida y aplaudida —“el objeto venerado”— de la cultura novohispana del xvii y su fama va de aquel siglo al nuestro? ¿Y no es por cierto Elena Poniatowska la figura literaria mexicana más conocida y reconocida de la segunda mitad del siglo xx y lo que va del xxi? Además “de los ademases”, de lo que se puede decir de sendas creaciones —entre las que hay también literatura “por encargo”— y de su fama respectiva, Sor Juana esparcía los originales de su poesía “a diestra y siniestra” mientras que Elena, incansable, regala su firma con dedicatorias personales. En la gran obra y en la de ocasión de una y otra está la marca, el ingenio de su escritura, y ésta crece e incluso mucho de ella se pierde de vista de sus autoras, no para quienes las reciben y atesoran, orgullo de sus lectores.

Cartas iban y venían a San Jerónimo. Sor Juana mandaba billetes poéticos, hacía retratos, acompañaba finezas con líneas de su poesía, dedicaba versos, recibía visitas en el locutorio del convento, creaba expectativas en quienes querían verla en las rejas del claustro, escribía oraciones religiosas para el suyo y otros beaterios, participaba en las procesiones, en las reuniones formales y cotidianas de San Jerónimo, compartía recetas de cocina, se sabía amada por sus hermanas: “debo a

Dios un natural tan blando y tan afable y las religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas, en mis faltas) y con esto gustan mucho de mi compañía, conociendo esto y movida del grande amor que las tengo, con mayor motivo que ellas a mí, gusto más de la suya”.

Cartas y otros escritos van y vienen de Chimalistac. Elena (además de llevar a pie cartas y otros envíos a la oficina de postal) escribe mensajes, correos electrónicos, “tuitea”, contesta lo mismo el teléfono que las entrevistas, sale a la calle, saluda, usa el metro, invita a su casa, se retrata con “todo mundo”, participa en marchas y manifestaciones públicas, se reúne con sus amigas, forma escritores y lectores, reconoce el talento de otros y otras escritoras y artistas, a quienes apoya, presenta en sociedad. Para aquellos que le solicitan que les prologue sus textos —de literatura y otras disciplinas, artes y oficios— no sólo saben que “lo que fue trabajo propio/ sirva de ajeno descanso” sino que saben también que su hada madrina “descansa haciendo adobes” y le da luz, “luz, lunita, las lunitas”, a lo que ellos han escrito.

A distinto tiempo, la novohispana autora del verso guadalupano “que a ser se pasa Rosa Mexicana/ apareciendo Rosa de Castilla” y quien “pasó a rosa mexicana, siendo flor de lis francesa”, están en la misma geografía, orgullosas las dos de recibir las “mágicas infusiones de los Indios herbolarios” de su patria, de la nuestra. Y vaya que su fama les ha costado trabajo y, aunque en México y fuera de México “todos” las conocen, Sor Juana pregunta, si a ella, “a una mujer ignorante... ¿se dirigen los elogios?” y Elena Poniatowska se declara “Sancho Panza femenina”. También tienen sentido del humor, con lo que sus genios salen ganando.

Sor Juana Inés de la Cruz y Elena Poniatowska leen lo que se escribe sobre ellas —qué no leen de sus bibliotecas (“Inclíneme a los estudios/ desde mis primeros años/ con tan ardientes desvelos/ con tan ansiosos cuidados/ que reduje a tiempo breve/ fatigas de muchos años”) y de la naturaleza que las rodea— y generosa y simbólicamente tienen abierta lo que yo llamaría su “Escuela de amigas”, una universidad a la que (formalmente) ninguna de las dos asistió. Son espíritus universales sin universidad. Actualmente el ex convento de San Jerónimo es la Universidad del Claustro de Sor Juana y Elena tiene varios Doctorados Honoris Causa. Con títulos o no, indómitas y tenaces, ocupadas en el centro y en el sur de la ciudad y con un imán (talismán) entre sus cuerpos y sus mesas de trabajo, la Décima Musa Mexicana y Elenísima están en las vanguardias de sus tiempos, a los flancos de otras mujeres —unas con alas de altos vuelos, otras con las alas rotas— de las



Fotografía con Fernando Benítez, cortesía de Random House

que trazan sus genealogías, siendo ellas cadenas de unión, marquesinas de referencia. Sor Juana Inés de la Cruz, bisagra de sostén inicial y Elena Poniatowska, archivo del siglo xx mexicano.

Sor Juana, como mujer, intelectual, defensora de los derechos humanos (y divinos) es cita frecuente en los discursos y escritos de Elena Poniatowska, quien con todos cree firmemente y así lo dice que “el mayor poeta de toda América Latina era una mujer, Sor Juana Inés de la Cruz”. Sabe y lo dice también que el Fénix de México “se cuece aparte”: “Pero Sor Juana es un fenómeno absolutamente aislado, y Sor Juana, como dicen, es un fuego que arde aparte”. A Poniatowska la sorprenden los amores no correspondidos de los sonetos barrocos de la monja jerónima y aplaude líneas de la famosa rondalla sorjuanina que versa “¿O cuál es más de culpar/ aunque cualquiera mal haga/ la que peca por la paga/ o el que paga por pecar?” Aquilata las finezas que Sor Juana acrisola, admira su colección de objetos, le pide prestado sus pinceles para retratar a una de *Las siete cabritas*: “Diego estoy sola, Diego ya no estoy sola: Frida Kahlo” (“Esta que ves, mirándote a los ojos, es un engaño”). Y se deja hechizar con la dulce ficción, la bella ilusión filosófica y poética de quien desde su género y su prosa desafió a su siglo.

En su discurso del 23 de abril de 2014, al recibir en el paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares el Premio Cervantes, Elena Poniatowska subió al púlpito (al que Sor

Juana nunca tuvo acceso) y muy pronto hizo esta alusión:

Del otro lado del océano, en el siglo xvii la monja jerónima Sor Juana Inés de la Cruz supo desde el primer momento que la única batalla que vale la pena es la del conocimiento. Con mucha razón José Emilio Pacheco la definió: “Sor Juana/ es la llama trémula/ en la noche de piedra del virreinato”. Su respuesta a Sor Filotea de la Cruz es una defensa liberadora, el primer alegato de una intelectual sobre quien se ejerce la censura. En la literatura no existe otra mujer que [...] haya ensayado una explicación del origen del universo. Ella lo hizo en los 975 versos de su poema “Primero sueño”.

Esta cita pone de relieve la lucha por el conocimiento, la defensa de la libertad, el amor a la ciencia, la genialidad de la poeta. Cuatro puntos clave en el cenit de la armonía de la vida y la obra de Juana Inés de la Cruz. En primer lugar el conocimiento, la exploración que desde su celda llevó a cabo Sor Juana con su inimitable *Primero sueño*. Deslumbrada, Elena Poniatowska no puede dejar de pensar en la experiencia poética, filosófica y cognitiva de la monja de San Jerónimo. “Un papelillo que llaman el Sueño” es la bóveda celestial tan inalcanzable como fúlgida en *El universo o nada. Biografía de un estrellero*, deuda de Poniatowska convertida en homenaje a Guillermo Haro (antecedido por la ficción de *La piel del cielo*). La ciencia entra por los poros de la escritura femenina que vuela con la pluma de la intelectualidad a la libertad. ¿Y la

censura? En el caso de Sor Juana, ¿la de su confesor del que estuvo retirada por un tiempo? ¿El ataque que recibió (de unos cuantos) cuando se publicó la muy famosa *Carta Athénagórica*? Oblicua y directamente nuestra monja dio acuse de recibo al hablar de la envidia, y escuchó a Filotea que le sugirió que si quien la atacaba escondía su nombre no merecía respuesta alguna. ¿Y en el caso de Elena Poniatowska? Hace años se curó en salud al usar en la estrategia de su escritura las virtudes contra los pecados capitales. ¿Contra la envidia la caridad? ¿Será que “el pecado” (si es que lo hay) de las dos escritoras sea su fama, que sí la hay? Se dice que la envidia es de color verde; en contraposición, leemos el “Verde embeleso” de la poeta novohispana: “sigan tu sombra en busca de tu día/ los que, con verdes vidrios por anteojos,/ todo lo ven pintado a su deseo;/ que yo, más cuerda en la fortuna mía,/ tengo entrabas manos ambos ojos/ y solamente lo que toco veo”.

Fortuna la nuestra que “entrabas manos” tengamos la obra de una y otra escritora. Y con sus libros ahora contemos con un retrato que, proporción guardada en el tiempo y el espacio, eterniza a Elena Poniatowska en la Biblioteca Nacional de Madrid. Si gran lectora y admiradora de Sor Juana la hizo uno de los centros de su discurso al recibir el Premio Cervantes 2013, escogió como espacio de dicho retrato el ex templo del convento de San Jerónimo de la Ciudad de México, *myse en abime* del “virreinato de filigrana”. Allí Elena Poniatowska entrevistaría a la autora de *El Divino Narciso*. Divertidas las dos, estarían desatando el jocoso ovillejo y desafiando el retablo de las letras del xvii español y novohispano y del xx mexicano: “¡Oh siglo desdichado y desvalido/ en que todo lo hallamos ya servido!” La obra de Sor Juana y la de Elena Poniatowska —rosa divina de la palabra y palabra oral de “todo México”— sirven de ejemplo de lo contrario, que “para todo se halla prueba/ y razón en qué fundarlo”.

Cerca del ex templo, ahora El Divino Narciso, en la oscuridad de una celda (¿la que solicitaría comprar Sor Juana a principios de 1692?) Jesusa Rodríguez empieza a conversar: “Piramidal, funesta, de la tierra/ nacida sombra” y, sin darnos cuenta, con su memoria —prodigioso eco sigiloso de Sor Juana—, llega a la “madeja hermosa” para culminar con el fantástico y último verso de *Primero sueño*: “el mundo iluminado y yo despierta”. 975 aplausos se multiplican. Genealogías femeninas que extienden sus ramas. Y si faltara algo más, qué coincidencia (¿será ésta la palabra?) que el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska 2010 haya sido para *Yo, la peor*,

de Mónica Lavín. Mujeres, mujeres, mujeres...

De los últimos años de vida de Sor Juana Inés de la Cruz en San Jerónimo son sus veinte *Enigmas* dedicados a las monjas portuguesas de La Casa del Placer. Cada enigma pide una respuesta; su primer descubridor —Enrique Martínez López— sugirió que para todos la respuesta sería el amor, y nos gusta su amorosa respuesta. Sor Juana retoma este racimo femenino (escritos, autorizados y resguardados por manos de mujeres) y elige algunos de sus enigmas pensando en su lectora quien, en los años más recientes, es la escritora más famosa en lengua de Castilla y en lengua mexicana:

¿Cuál será aquella expresión
que quando el dolor provoca,
antes de voz en la boca
haze eco en el corazón?

Este enigma (número 10) tendría respuestas en la obra de Elena Poniatowska, catalogada como “de rabia y amor”. ¿Y qué decir del enigma 16?

¿Cuál es aquel arrebol
de jurisdicción tan bella
que, inclinado como estrella,
desalumbra como sol?

El rojo como zona de peligro, alto advertido por una luz ámbar, al ser expuesto con las palabras tocan el corazón que también es estrella, es plata, es oro, es flama.

En las dos preguntas, escondidas sus respuestas, la creación se acerca y se aleja de la realidad. Las palabras la exponen, la desarman, le abrochan la esperanza y el amor. Los dos enigmas abren un laberinto que tantea, busca salidas. Así leemos la obra de Elena Poniatowska, quien siempre asombrada ilumina su camino de escritora con los romances de Sor Juana —crónicas de su tiempo—, con el amor y desamor de sus sonetos, con la gracia de quien dijo que el día que nació había sido para su madre “mala noche y parir hija”, con la *Respuesta* femenina (¡y feminista!) de la monja jerónima, con cada verso de su prodigioso *Primero sueño*. Las dos juegan a la misma carta y lo hacen en el corazón de una alcachofa que es la Ciudad de México, a donde llegaron de niñas y de jóvenes cambiaron la nobleza de sus vidas por la nobleza de las letras: de allí la fama de cada una.